

"Este es el Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo"

Jn 1, 29-34

Autor: Pedro Sergio Antonio Donoso Brant

Lectio Divina

1ÉL SALVARÁ A SU PUEBLO DE LOS PECADOS, ES EL QUITA LOS PECADOS DEL MUNDO

El texto evangélico muestra la peculiar vocación de Juan, ser el precursor y mensajero que anuncia la presencia de Jesús. El Bautista no se limita a una testimonio físico "está aquí, es aquél de allí". Ofrece un cuadro teológico de profundo espesor. Esto significa que toda verdadera vocación, incluida la nuestra, antes de ser testimonio externo, es descubrimiento interior de la realidad de Cristo. Él es "el Cordero que quita el pecado del mundo". Él carga con nuestras miserias y transforma la iniquidad en santidad. En él, todos podemos esperar un nuevo nacimiento, del agua y del Espíritu, para construir una sociedad donde la fraternidad sea el estatuto y el amor la única regla de convivencia.

En Cristo, con Cristo y por Cristo, tiene especio y sentido en nuestra vocación; conservamos la propia originalidad, que debe desarrollarse autónoma y completamente; encontramos el tiempo y el modo apropiado para relacionamos con Dios. Insertados en Cristo, el bautizado se realiza en la singularidad exclusiva de su ser y en la comunión de una humanidad que, con Cristo, camina al encuentro del Padre para rendirle eterna alabanza.

Tú eres en verdad el único Señor; tú, cuyo dominio sobre nosotros es nuestra salvación, y nuestro servicio a ti no es otra cosa que ser salvados por ti. ¿Cuál es tu salvación, Señor, origen de la salvación, y cuál tu bendición sobre tu pueblo, sino el hecho de que hemos recibido de ti el don de amarte y de ser por ti amados? Por esto has querido que el Hijo de tu diestra, el hombre que has confirmado para ti, sea llamado Jesús, es decir, Salvador, porque "él salvará a su pueblo de los pecados"

ORACION

Para que tuviéramos la luz, te hiciste ciego.

Para que obtuviéramos la unión, experimentaste la separación del Padre.

Para que poseyéramos la sabiduría, te hiciste "ignorancia".

Para que nos revistiéramos de la inocencia, te convertiste en "pecado".

Para que esperáramos, casi te desesperaste.

Para que estuviera Dios en nosotros, lo sentiste lejos de ti.

Para que fuera nuestro el cielo, sentiste el infierno.

Para darnos una apacible morada en la tierra entre cientos de hermanos, fuiste excluido del cielo y de la tierra, de los hombres y de la naturaleza.

Eres Dios, eres mi Dios, nuestro Dios de amor infinito.

(Chiara Lubich, «Perché fosse nostro il cielo», en Citta Nuova, 1975/3, p. 35).